



Mi Sabana

mi Sabana existe desde antes del Diluvio y sobrevive a todas mis muertes y a todas mis resurrecciones; como la Puerta de Alcalá en la canción de Ana Belén y Víctor Manuel: *¡Ahí está, ahí está viendo pasar el tiempo!* Mi Sabana me conoce desde antes de nacer, y me es imposible pensar en una etapa de mi vida en que no esté presente. Así, la veo junto a los papalotes, los caballitos y las avionetas de mi niñez; la veo en las mejengas de mi adolescencia, en las caminatas nocturnas de mi primera juventud, en los paseos amorosos posteriores y en las luminosas tardes de diciembre ya en mi madurez o como se llame esta dicha de saberme (aunque sea saberme transitorio, y aunque saberme sea transitorio.)

Pero si mi Sabana me ha visto cambiar, yo también soy testigo de algunos de sus cambios: el viejo aeropuerto de avionetas, las carreras de carros y de motos alrededor del Estadio Nacional, el partido Santos-Saprissa con el rey Pelé; el parque en construcción, con su enjambre de vagonetas rojas pululando como abejones febriles... Y luego los pequeños eucaliptos recién plantados, a los que miré con la doble certeza de que he de morir antes que ellos, pero que antes de que eso suceda podré alardear ante los jóvenes, con-

tándoles que soy más viejo que esos árboles. Y, desde luego, el parque como luce hoy, que visito cada tanto para dejarme seducir por su belleza y atrapar por los recuerdos.

Pero encuentro un tanto ridículo entregarse a la nostalgia y escribir sobre recuerdos cuando se tiene apenas algo más de 40 años. Prefiero entonces preguntarme si cada uno de nosotros lleva en su interior un sitio equivalente: un lugar que permanece ahí en medio de los cambios, aliviándonos con su presencia del horror y la voracidad del tiempo; un lugar que se transforma incesantemente para permanecer, enseñándonos así que en la vida todo es cambio... Me pregunto, pues, si las pequeñas enseñanzas y las secretas alegrías que me depara a mí ese parque, te las deparará a vos otro paisaje entrañable e íntimo que te acompaña desde que tenés memoria... Ojalá sea así, para que entendás mejor la emoción que me produce ir a La Sabana un domingo, un sábado en la tarde, y pasearme por las alamedas y mirar los árboles, los niños y la gente...

El Parque de La Sabana tiene para mí ese significado, esa importancia. Aprecio y agradezco lo que otros han hecho para conservarlo y embellecerlo: las esculturas juguetonas en torno al lago, y las más serias en el Museo, el laguito con sus patos y peces incluidos, las alamedas ser-

penteadas, la colina frente al ICE y su llamada colección de árboles nativos. Hasta los edificios del ICE, de un lado, y de la Contraloría, por el otro, le aportan, por contraste, algo de armonía, con su arquitectura modernista de concreto expuesto.

Dicen los entendidos que esa es la importancia del paisaje: forja nuestra identidad, crecemos entrelazados a él, descubriéndolo al tiempo que nos descubrimos, transformándonos al tiempo que lo transformamos, recreándonos al tiempo que lo recreamos. Hay algunos sitios que nos son tan familiares como nuestra familia, o incluso más. Son como anclas en el tiempo que nos ayudan a saber quiénes somos, de modo que cuando nos sentimos perdidos y no sabemos dónde ir, regresamos a ellos en busca de alivio y orientación.

Por eso es importante que haya cosas que se mantengan; cosas que, aunque cambien, permanezcan. Así todos nos podemos mirar en ellas y descubrir cuánto hemos cambiando, así todos nos podemos mirar en ellas y descubrir que seguimos siendo los mismos aunque afuera todo sea distinto.

Ojalá vos también tengás tu propia Sabana en algún rincón de tu pueblo o de tu ciudad. Ojalá nunca te la destruyan para que tengás la posibilidad de regresar a ella cada vez que querás hacerlo. □

